



En ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos" (Hechos 4:12)

JESÚS, EL SANTO

Autor Alberto Prokopchuk

Lectura bíblica: Apocalipsis 3:7

Santo significa "separado o apartado de toda corrupción y pecado, puro, limpio, moralmente y espiritualmente perfecto," y siempre ha sido uno de los atributos de Dios quien es verdaderamente santo y espera que todos los que estén con él sean santos: Levítico 19:2 "Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque Santo soy yo Jehová vuestro Dios."

La santidad de Dios hará que las naciones le teman, glorifiquen y adoren. Basta recordar el cántico de Moisés y del Cordero que cantaban los que habían vencido según Apocalipsis 15:4: que decía "¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado." Aquí podemos observar que la santidad de Dios es como un imán que atraerá a la gente "sólo tú eres santo, por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán", vendrán porque la santidad es hermosa según Salmos 29:2 "Dad a Jehová la gloria debida a su nombre; adorad a Jehová en la hermosura de la santidad." Y esa hermosura no solamente atraerá a las naciones para adorar a Dios, sino que también vendrán con el propósito de ofrecerse para servirle como se anuncia en Salmos 110:3 "Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad."

Por eso la presencia de la gloria de Dios es tan hermosa, porque no solo manifiesta la santidad de Dios, sino que todo se santifica, como cuando Dios dijo: "Allí me reuniré con los hijos de Israel; y el lugar será santificado con mi gloria." (Éxodo 29:43)



Sabemos que Dios es santo porque él mismo lo dijo, pero ¿cuándo Jesucristo fue llamado "Santo"?



En primer lugar, Jesucristo fue llamado santo por un hombre endemoniado que estaba en una reunión en una sinagoga en Capernaum quien al verle gritó: "¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el SANTO de Dios." (Marcos 1:24) Así que el espíritu malo lo reconoció inmediatamente por la santidad que emanaba de Jesús que provenía de la gloria del Padre.

En segundo lugar, Jesús fue llamado “Santo” en dos discursos del apóstol Pedro: (1) En Hechos 2:27 mencionando un salmo que dice “Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu SANTO vea corrupción” haciendo referencia a su resurrección al tercer día y (2) en Hechos 3:14 después de sanar a un hombre cojo dijo a la multitud “Mas vosotros negasteis al SANTO y al Justo, y pedisteis que se os diese un homicida”, y también fue llamado santo en Hebreos 7:26 y 1 Juan 2:20.

En tercer lugar, Jesús fue llamado Santo por él mismo. Apocalipsis 3:7 “Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el SANTO, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre:” Notemos que “santo” es un adjetivo, pero “El Santo” es un nombre propio, porque lleva el artículo antes. Por lo cual Jesús toma para sí este nombre propio para llamarse El Santo.



¿De qué manera nos beneficia la santidad de Jesucristo?



Según la ley de Dios, si alguien tocaba algo santo, la santidad se transfería a esa persona y quedaba santificada. Por ejemplo: Después de la construcción del tabernáculo y todo lo que lo contenía, todo fue ungido y santificado y a partir de ese momento cualquier persona que tocara algo que fue santificado, ya sea la fuente de bronce, la mesa de los panes, el incensario, etc., la santidad de los objetos pasaba al hombre u otros objetos que los habían tocado. Esta está establecido en el texto de Éxodo 30:29 que dice: “Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será SANTIFICADO.” Es decir, separado y consagrado para Dios. Por eso, cuando uno recibe a Jesucristo, como es santo, todo queda santificado con su presencia y la persona que lo recibe llega a formar parte de su familia como dice en Hebreos 2:11 “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos,”.

Por eso, cuando recibimos a Cristo, nos conectamos con la santidad de Cristo, y con la santidad de Cristo somos santificados y nos convertimos en santos. No por nuestros méritos o porque tengamos algo bueno en nosotros, porque en realidad, todos somos pecadores y no tenemos nada santo en nosotros, sino porque cuando recibimos a Cristo nos conectamos con la santidad de Dios, como si fuera una fuente de energía en la cual nos enchufamos. Fuera de Cristo no tenemos nada, no tenemos poder, no tenemos fuerza, no tenemos pureza ni santidad, estamos muertos, pero cuando recibimos a Cristo, cuando le tocamos y él nos toca, nuestra vida se transforma, porque recibimos su vida. Tal como lo definió el apóstol Juan cuando dijo: “El que tiene al Hijo, TIENE LA VIDA; el que no tiene al Hijo de Dios no TIENE LA VIDA.” (1 Juan 5:12) Así de simple.

¿Qué pasa con nosotros cuando recibimos a Cristo Jesús el Santo?

1. **Somos santificados en Cristo.**

El apóstol Pablo, en su salutación a la iglesia de Corinto escribió: “a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2) Podemos notar que Pablo daba por sentado el hecho que aquellos creyentes fueron “santificados en Cristo Jesús” porque creyeron en él y lo recibieron. Su santificación se produjo “en Cristo Jesús”, dentro de Cristo Jesús. Pero no concluyó aquí, sino que añadió “llamados a ser santos con todos...” para indicar que el proceso de santificación continúa. Cada uno ha sido santificado en Cristo cuando lo

recibió en su corazón, pero a partir de allí debe también vivir en santidad. Porque Cristo Jesús no nos santificó para que volvamos a pecar, sino para que vivamos una vida pura. “Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.”... “El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.” (Efesios 4:25, 28)

2. **Somos santificados en el nombre de Cristo.**

Más adelante, después de recordarles a los “santificados en Cristo” que antes de convertirse algunos de ellos eran fornicarios, otros idólatras, otros adúlteros, algunos eran afeminados, y otros homosexuales (que se echan con varones), algunos eran ladrones, otros avaros, había alcohólicos (borrachos), maldicientes (malhablados), y también algunos eran estafadores. Todo esto eran antes de recibir a Cristo, pero cuando lo recibieron todo cambió, por eso añadió “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios. (1 Corintios 6:9-11) Notemos que fueron “santificados...en el nombre del Señor Jesús”. Porque según Juan, hay vida en el nombre de Jesús: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida EN SU NOMBRE.” (Juan 20:31) y no solo vida, sino que en el nombre de Cristo se recibe el poder o la potestad de convertirse en hijos de Dios, diciendo “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen EN SU NOMBRE, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;” (Juan 1:12)

3. **Somos santificados en el cuerpo de Cristo.**

Jesucristo entregó su cuerpo en la cruz para el perdón de nuestros pecados como una ofrenda, y mediante la ofrenda de su cuerpo fuimos santificados. En Hebreos 10:10 dice: “En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre....porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” (Hebreos 10.10, 14) Debemos subrayar las palabras “hizo perfectos para siempre a los santificados”. Porque todo lo que hace Dios es perfecto y completo. Nada podríamos añadir para completar nuestra salvación.

¿Quieres recibir a Jesucristo en tu corazón para que seas santificado por él?



(Testimonio de conversión del facilitador o de algún miembro del grupo. También podría recurrir a la lectura de algunas conversiones notables en Internet, para mostrar cómo Dios ha bendecido sus vidas



ORACIÓN: Señor Jesús, creo y confieso que eres el Hijo de Dios, que eres Santo y que ofrendaste tu cuerpo en la cruz para que yo sea santificado. Por eso ahora te recibo en mi vida para tener la potestad de ser adoptado por Dios, recibir el perdón de mis pecados y comenzar una vida nueva. Amén.

INSTRUCCIONES PARA EL FACILITADOR

Dios te ha llamado, te ha santificado y te ha puesto como Facilitador, o como Líder de una sección, o como Ministro de una zona o como Pastor. Pero por sobre todo, te ha llamado a ser santo. Te ha llamado para ser una mujer de Dios o un hombre de Dios, totalmente consagrados a Dios, separados para Dios y enviados por Dios para llevar a cabo su obra aquí en la tierra.

¿Qué podrías hacer para cultivar una vida de santidad en tu vida y en tu grupo? Veamos algunas cosas por donde podrías empezar:

1. Tener presente que la santidad es hermosa.
Tu vida cristiana será más luminosa, más transparente y llena de paz si caminas en santidad. La verdadera santidad tiene el poder de atraer a otros por su belleza. Porque a todos nos cautivan y atraen las cosas hermosas: un paisaje con lagos y montañas, un campo de flores, una pintura o escultura bien elaborada, o la música que toca nuestras emociones, entre otras cosas. La verdadera santidad también atrae porque es bellísima.
2. Estar agradecido
Todo lo que somos y todo lo que tenemos es por la gracia de Dios, y esto incluye tu propia santificación de la cual no tienes porqué jactarte o enorgullecerte. Todo lo debemos a Cristo. Y todo aquel que por todo está agradecido es mil veces más feliz que el que se queja por todo. Cultiva la santidad y la felicidad agradeciendo.
3. Pensar bien.
Pensar bien de Dios, de las circunstancias porque “todo ayuda a bien”, de tu familia, de tu matrimonio, si estás casado, de tus amigos y hermanos en la fe. Porque nuestras acciones son el resultado de nuestros pensamientos. Si piensas bien, obrarás bien y la santidad te resultará fácil.
4. Mirar bien
Jesús dijo en Mateo 6:22 “La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz;” Es decir, todo tu cuerpo estará lleno de santidad. Cuida la dirección de tus ojos, lo que lees, lo que miras, y en qué pones tu atención. Que nada te contamine.
5. Hablar bien
No significa solamente evitar las malas palabras y las groserías, sino también medir las palabras y usarlas para edificar la fe de otros, para bendecir, para consolar, animar y motivar. Ser santo es ser proactivo y anticipar si lo que uno va a decir.
6. Tratar bien.
El apóstol Pablo, refiriéndose al trato que tenía que tener Timoteo dijo: “No reprendas al anciano, sino exhortale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jovencitas, como a hermanas, con toda pureza.” (1 Timoteo 5:1-2) Subraya en tu Biblia “con toda pureza”, porque un buen trato es también una señal de santidad.